

## **EDITORIALES**

### **DISCURSO PRONUNCIADO EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS, FISICAS Y NATURALES, EN HOMENAJE A LA MEMORIA DEL ACADEMICO LUIS CUERVO MARQUEZ**

Por *Luis Patiño Camargo.*

Señor Presidente y señores Académicos:

Las aguas torrentosas del Zulia apagaron una de las vidas más claras, intensas y seductoras que hayan brillado en el horizonte de la patria. Un sillón de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, ha quedado vacío. Los académicos, con fervoroso recogimiento se reúnen esta noche a rendir tributo de admiración y de afecto a la sombra veneranda del compañero desaparecido y han encargado al menor y más modesto de sus miembros, llevar la palabra de la Academia en esta ocasión solemnísimamente, por la única razón de haber sido discípulo del Profesor ausente y haber tenido por él acendrado y filial cariño. Perdonad, auditorio ilustre, la modesta forma como voy a cumplir el mandato de la Academia.

El Profesor Luis Cuervo Márquez realizó el arquetipo excelsus del hombre a quien nada de lo humano le es desconocido. Hacer su elogio y rememorar sus actividades y virtudes, habrá de ser vasta empresa para múltiples escritores expertos en las más variadas actividades de la inteligencia humana.

Médico y naturalista. Profesor eximio de clínica médica de la escuela de Bogotá. Presidente de la Academia de Medicina. Miembro fundador de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales. Rector de la Facultad de Medicina de Bogotá. Socio de las Academias de Medellín, Lima y Caracas. Presidente de la Sociedad de Cirugía. Delegado de la República al Congreso Médico Panamericano de Lima. Representante de Colombia al Congreso Médico de San Francisco. Historiador, Socio de la Academia Colombiana de Historia. Geógrafo, miembro de la Real Sociedad Geográfica de Londres y de la Sociedad Nacional Geográfica de Washington. Di-

plomático: encargado de negocios en Washington y Ministro Plenipotenciario en Londres. Presidente del Senado de la República. Presidente de la Cámara de Representantes. Ministro de Hacienda y Ministro de Gobierno en varias administraciones. Gobernador, para sortear graves borrascas en Santander. Oficial de la Legión de Honor. Comendador de la Orden de Carlos III. Comendador de la Estrella Polar. Escritor castizo. Creador de riqueza en dilatadas empresas ganaderas y agrícolas. Caballero de aristocráticas maneras, con la cortesanía proverbial y legendaria de sus ilustres apellidos. Fundador de un hogar, semillero de virtudes cuidadas, de fina inteligencia, de acendrado patriotismo y de gracia gentil.

Y varón en toda la extensión de la palabra, de bella prestancia, de acerada resistencia física, de infatigable inquietud mental y de vitalidad fresca y juvenil. En fogoso caballo, vadeando uno de los más torrentosos ríos patrios, se apagó su vida en la mitad del día, a los 78 años de su edad.

De la más recia extirpe procera, descendiente de patricios fundadores de la república, nació el Profesor Luis Cuervo Márquez en la ciudad de Bogotá en 1863, del matrimonio de don Luis María Cuervo Irisarri y doña Carolina Márquez. Fueron sus abuelos, dos presidentes de Colombia: el doctor Rufino Cuervo encargado del poder como vicepresidente en 1847 y el Magistrado don José Ignacio de Márquez, en dos períodos distintos, presidente de la república.

Graduado doctor en medicina y cirugía en 1884 y conocido ya por sus publicaciones estudiantiles en la Revista Médica, inició su triunfal carrera de médico al servicio de la ciencia y de la humanidad, carrera que sólo se ha interrumpido con la muerte.

En jiras infatigables por los rudos y escarpados caminos de Santander, recorrió las poblaciones del Norte, azotadas entonces por la Fiebre Amarilla y fué por último a fijar su residencia en la ciudad de Cúcuta.

Allí contrajo matrimonio con la gentilísima dama doña Inés Pérez, encantadora y bella compañera del gran médico, dotada por Dios de bondad infinita y delicadísimo talento y quien al complementar su vida vino a ser inspiradora de sus empresas y armonioso factor de sus triunfos.

Dignos herederos de este hogar nobilísimo, los hijos prolongan en el tiempo las virtudes proceras: acciones de la más pura austereidad republicana, talento, gracia gentil, arte, cortesanía, son patrimonio de los Cuervo Pérez.

Los libros escritos por el Profesor Cuervo-Márquez, son de lo más valioso con que cuenta la literatura científica colombiana:

La Fiebre Amarilla en el Interior de Colombia. Curazao. 1891.

Geografía Médica y Patología de Colombia. Nueva York. 1915.

Profilaxis y tratamiento del Paludismo. Londres. 1926.

En la Revista de Ciencias publicó la mayoría de sus valiosas comunicaciones académicas, sobre ciencias naturales.

Su contribución histórica abarca la obra en dos tomos de cerca a mil páginas, "Participación de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos en la independencia de las colonias hispanoamericanas". Bogotá. 1938.

Finalmente trabajaba en la segunda edición de la Geografía Médica y tenía listo el manuscrito de un trascendental libro sobre "La Civilización Agustiniana", cuando lo sorprendió la muerte.

Con los materiales recopilados después de 4 años de ejercicio profesional en Cúcuta durante el reinado de la fiebre amarilla, de 8 meses de campaña como médico de las tropas de la costa atlántica, en la guerra civil de 1885, de largas temporadas en Ocaña en los días culminantes de la epidemia de vómito negro, escribió su estudio hoy clásico entre los libros médicos colombianos.

La galanura y casticidad de estilo, corren parejas con la profundidad de la doctrina y la claridad de exposición.

"El foco de origen de la fiebre amarilla, dice, se pierde en las vagas relaciones de los historiadores de la conquista de América. Pero sí es un hecho evidente que apareció y creció en intensidad, tan pronto como tuvo lugar y aumentó el desbordamiento de las razas europeas hacia las tierras nuevamente descubiertas. No puede asegurarse de una manera positiva que la fiebre amarilla fuera conocida en América antes de la llegada de Colón, pero es natural suponer, teniendo en cuenta que las condiciones climatéricas de las costas son hoy por lo general las mismas que eran antes y que las razas que habitan las alturas y suministran el mayor contingente de mortalidad, no han variado", que entonces, como ahora, reinará la fiebre amarilla endémicamente y que no se notaran brotes epidémicos por las escasas relaciones de los pueblos indios de las cordilleras, con el litoral marítimo.

"El aparecimiento de la fiebre amarilla en los países bañados por el mar de las Antillas, remonta a los primeros tiempos de la conquista, sin que pueda fijarse con precisión ni la época de invasión ni el derrotero que siguiera a través de los países invadidos". "Lo más probable es que el elemento morbígeno de la fiebre amarilla existiera en el estado latente en todo el litoral del mar de las Antillas, y que el vómito negro se presentara toda vez que abordaran a él individuos en buenas condiciones de receptibilidad". "La primera epidemia de que se tiene conocimiento fué la que en 1494 destruyó la Isabela" matando la mayoría de una población mayor de mil hombres acantonados allí por Colón.

Carter en su libro póstumo, se inclina a considerar el África

occidental como fuente de la enfermedad, y a pensar en su importación al continente americano por los conquistadores, principalmente por razón de ser Africa la cuna del vector clásico, el mosquito *Aedes (Stegomyia) aegypti* y de habersele introducido a las costas de América. Pero hoy día, a la luz del conocimiento de que el virus amarillo vive dentro de las selvas de América, que los casos humanos de fiebre amarilla rural apenas son incidentes en la cadena endémica: vector invertebrado —animal selvático— vector, es lógico concluir que la tesis del Profesor Cuervo Márquez es la explicación más sencilla y clara del problema: el elemento morbígeno existía latente y era conservado por las fuentes nativas de virus y transmitido por vectores regionales de escasa potencia. Llegó en las tinajas de agua y en los barriles de las caravelas españolas, el activísimo vector *Aedes aegypti*, se aclimató, prosperó en el propicio clima de las costas y apenas tuvo la ocasión de picar a un portador del virus amarillo, lo multiplicó en su organismo y determinó la primera vasta epidemia de fiebre amarilla por *Aedes aegypti* del nuevo mundo. Algo parecido acaba de verse con la importación a las costas del Brasil del mosquito africano *Anopheles gambiae*, productor apenas llegado de terribles epidemias de paludismo, y cosa semejante con los piojos humanos vectores de la forma epidémica del Tifo Exantemático.

El libro del Profesor Cuervo Márquez, para su época, es monografía acabada y hoy día la parte histórica y clínica, es preciosa fuente de informaciones para los investigadores.

Minuciosa y ordenadamente va relatando las épocas en que la enfermedad en su forma epidémica fué haciéndose sensible en las ciudades de los litorales, a lo largo de los grandes ríos o en las regiones del interior. La ruda mortalidad en las armadas, como aquella que devastó las huestes inglesas sitiadoras de Cartagena del presumido Almirante Vernón, en 1740. La forma terrible como azotó a Cúcuta donde hubo períodos en que el 70% de los atacados moría.

La fiebre amarilla epidémica, es una enfermedad pestilencial, cuyo cuadro clínico pone pavura en el ánimo: "Su duración, dice el doctor Domingo Esguerra, refiriéndose a una epidemia en Ambalema, era muy corta y la terminación casi siempre funesta. Las hemorragias, las equimosis, el color amarillo pajizo de la piel, los vómitos y deyecciones negras, la postración de fuerzas y la pronta descomposición de la sangre y de las materias expelidas eran los síntomas predominantes. En los tres primeros meses murieron 1.800 personas, o sea, más de la tercera parte de la población, pues ésta no alcanzaba a 5.000 habitantes".

Osorio en Tocaima, Laverde en Cali, Lazear en la Habana, y luégo Myer, Carroll, Cross, Stokes, Hideyo Noguchi, Young, Lervis,

Hayne, son médicos que murieron combatiendo la fiebre amarilla en distintos extremos de la tierra.

Hace apenas unos años el Profesor Cuervo Márquez realizó prolongado viaje a lo largo del río Lengupá para buscar casos de fiebre amarilla de la selva y estudiar su ambiente. En el Congreso Médico de Barranquilla, hizo el relato de los enfermos encontrados en su larga correría y en quienes comprobó la enfermedad.

Rindamos emocionado tributo de admiración al médico que sin miedo y sin descanso, dedicó gran parte de su vida a combatir uno de los mayores azotes de la especie humana.

Muy pocos colombianos podrían ufanarse de conocer el suelo de la patria como el Profesor Cuervo Márquez lo conoció. Recorriólo en todas direcciones. En mula por los escarpados caminos de herradura, trasmontó muchas veces los tres ramales de los Andes, por diversos puntos; inspeccionó los cráteres de los volcanes; estudió todas las cimas nevadas; midió la profundidad de las cataratas; investigó los lagos andinos; bordeó todos los litorales; excavó y analizó cortes de las colinas; se internó en la zona de las inmensas selvas; recorrió las llanuras orientales, cuyo límite es el horizonte.

El libro, resumen de sus notas de viaje, titulado "Geografía Médica y Patología de Colombia", publicado en 1915, hoy una reliquia bibliográfica, es según el pensar de la Academia de Medicina, libro indispensable para todo médico colombiano. Dividiólo en cuatro capítulos: geografía física, climatología, etnografía y nosología. El lo consideró apenas como un índice o programa de la obra definitiva que estaba escribiendo y para la cual, en sus últimos días, allegaba datos en sus permanentes correrías a lo largo y ancho del país.

"La Geografía Médica de Colombia, dice, es más compleja que la de Europa o los Estados Unidos porque el desarrollo de sus costas, el relieve del terreno, su sistema hidrográfico y la acción combinada y compensadora en muchos casos de la altura y de la latitud le dan todos los climas, desde el clima tórrido con temperaturas medias de 30 grados hasta los climas polares con nieves eternas; desde la llanura que sin horizontes se dilata en miles de kilómetros de extensión y casi al nivel del mar, hasta los riscos empinados y abruptos en donde sólo moran los diestros montañeses y anidan las águilas andinas; desde los climas más o menos uniformes del litoral marítimo, hasta los inconstantes y bravíos de las altas montañas; y, desde las regiones en donde incesantemente cae la lluvia hasta las tierras secas en donde sólo crece una vegetación pobre y raquíctica.

"Esa variedad de climas imprime un sello especial y característico a cada una de las regiones que la posee: sello impreso en todas

las manifestaciones de la vida y que no desaparece sino merced a un lento trabajo de adaptación, cuando se logra obtenerla.

“Los habitantes de las Llanuras son muy diferentes en caracteres generales de los habitantes de las Montañas: el primero, ágil, esbelto, bien musculado, acostumbrado a la lucha con una naturaleza vigorosa y exhuberante, con un horizonte que se pierde a lo lejos y que dilata el pensamiento y desarrolla la imaginación con la belleza del panorama, es muy distinto del segundo, a quien el frío obliga al recogimiento y a los vestidos que entorpecen los movimientos, cuya mirada se quiebra perennemente en la vecina serranía y a quien la quietud y el reposo le hacen calmado, sereno y pensador.

“Es el Llanero muy semejante al habitante del litoral marítimo: ambos tienen la misma grandiosa perspectiva, luchas semejantes y análogas impresiones.

“Tan variados climas modifican las enfermedades que en ellos se desarrollan o producen otras que les son peculiares: tales la fiebre amarilla, el coto, el carate, que sólo se encuentran en regiones determinadas, y la fiebre tifoidea o la neumonía, por ejemplo, cuya evolución no es igual en un clima tórrido o en un clima frío”.

En 1926 para el Congreso Malariológico de Roma, escribió el Profesor Cuervo Márquez una afortunada síntesis de los conocimientos en boga sobre paludismo, verdadero manual para médicos e inspectores de las campañas antipalúdicas. Hace 10 años durante los trabajos de investigación de la oficina de saneamiento de los valles de Cúcuta, tuve la fortuna de recibir muchas veces los consejos y orientaciones del Profesor Cuervo Márquez, sobre la lucha contra los mosquitos. A sus palabras de aliento debo indudablemente el haber realizado el estudio sobre los mosquitos anofelinos *pseudopunctipennis*, *albimanus*, *argyritarsis*, *tarsimaculatus* y *apicimacula* y los pescaditos larvicias de la región *Aequidens latifrons* y *Allopoecilia caucana* de los ríos y arroyos de aquella tierra de promisión. El presentó mi informe a la Academia de Medicina y me hizo abrir las puertas de la augusta corporación.

Recuerdo complacido su entusiasmo en las observaciones para comprobar la voracidad de los pescados larvófagos y su juvenil alegría cuando habían pasado de 100 las larvas de zancudo, devoradas por un solo ejemplar. Y luégo el fervor con que miraba la aplicación práctica de estas pesquisas al exterminio de los estegomias, trasmisores de la fiebre amarilla y de los anopheles, vectores de paludismo en los floridos valles del Pamplonita, de Táchira, del Zulia, del Peralonso.

Era porque de todas las tierras de Colombia, fué Cúcuta la tierra que más amó.

Y es que, señores, Cúcuta es una abierta, clara y deleitosa ciudad donde es grato vivir y en donde ha de ser placentero dormir el último sueño reparador.

Pero fué a nuestra Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, a cuyo servicio dedicó los últimos años de su fecunda madurez. Miembro fundador de esta asamblea de austeridad y de sabiduría insuperablemente regida por un presidente excelso, y en donde sus miembros, con la única excepción del que os habla, continúan “esa cadena ilustre que se inicia con aquel varón perfecto a quien Linneo llamara suavísimo, amicísimo y sapientísimo José Celestino Mútiz”, prosigue con Caldas y los hombres de la expedición botánica y más tarde con Zerda, Garavito, Lleras, los Cuervos, y tantos más, eslabones de esa serie de “hombres inmortales cuyo brillo ninguna edad habrá de oscurecer”.

Valles y Lagos de la Cordillera oriental.

Hallazgos fósiles de especies extinguidas en la Sabana de Bogotá.

El hoyo del aire u hoyo del viento de Vélez.

La cueva de Tuluní en el Chaparral.

Grieta y puente de Icononzo.

Y por fin, en el último número de la Revista, el primer capítulo de su libro Arqueología Agustiniana, fueron sus contribuciones académicas a la corporación.

Los estudios paleontológicos de fósiles hallados en las colinas cuaternarias que rodean la sabana de Bogotá, hechos en cooperación con los naturalistas de La Salle y de los salesianos, son de valor inmenso para la ciencia nacional porque como él mismo lo dice: “La paleontología revela el desarrollo de la vida sobre la tierra y es la base del estudio de las capas que forman su superficie; es el calendario de los tiempos prehistóricos y el testigo de las vidas extinguidas en el planeta; los estudios paleontológicos permiten establecer la genealogía de los seres que antes se tenían como abandonados, y forman el registro civil de la relaciones ancestrales”. Interesábale singularmente el caballo de América.

Y ciertamente de todos los capítulos de la historia de la vida escrita en las rocas, ninguno tan apasionante como la evolución del caballo. Y es que el noble animal ha sido el compañero del hombre en la conquista del universo. Fielmente lo ha seguido así en el fragor de los combates como a lo largo de los surcos, en la labranza de la tierra. Con emocionado temblor oía yo de niño el relato de un antepasado batallador que en el día sangriento de Garrapata perdió tres de sus corceles acribillados a balazos y atravezados por las bayonetas, en las cargas de caballería, a la cabeza de sus escuadrones.

Con el concurso de numerosos sabios de todos los países, la cién-

cia ha ido ordenando el árbol genealógico del caballo desde el furtivo y diminuto *Eohippus*, vertebrado tetradactilio que se ocultaba en los bosques del eoceno inferior, ahora cincuenta millones de años, hasta el esbelto y arrogante *Equus caballus* de los hipódromos del presente.

Se podrían resumir aproximadamente las fases de la evolución del caballo en la forma siguiente: Género *Eohippus* caballo tetradactilio, con vestigios del quinto dedo, del eoceno inferior, que vivió hace 50 millones de años. *Orohippus* y *Epihippus* igualmente tetradactilios del eoceno, géneros que vivieron hace 40 y 30 millones de años. Géneros *Mesohippus* y *Miohippus* que habitaron la tierra hace 20 millones de años en el período oligoceno y eran caballos tridactilios que apoyaban los tres dedos. Géneros *Parahippus* y *Merychippus* caballos tridactilios pero que solamente apoyaban al caminar el dedo central y vivieron sobre la tierra hace 10 millones de años, en el período mioceno. *Pliohippus* y *Plesiohippus* ya monodactilios y que apenas hace medio millón de años se extinguieron en el período Pleistoceno, antecesores inmediatos del *Equus* actual.

En toda América, del Canadá a la Patagonia, se encuentran fósiles de caballo en todas las fases de su evolución, desde el *Eohippus* del eoceno inferior hasta el *Equus* del Pleistoceno, época en que se extinguío en América, posiblemente por causas de clima, de alimentación y quizás de epidemias.

La comunicación del Profesor Cuervo Márquez sobre los fósiles, singularmente de Balsillas, enseña que en las vecindades del lago que ocupaba la sabana de Bogotá vivieron con el *Equus caballus* y sus antepasados, *Mastodontes*, y al parecer, *Megatherium*, *Dinotherium*, *Mylodon*, *Lama huanacus*, *Paleolama*.

La introducción a su libro inédito "Civilización Agustiniana", última comunicación a nuestra Academia, es una página llena de belleza y de hondo significado:

"Es San Agustín, dice, el más misterioso y quizá el más importante testigo de las civilizaciones que en un pasado milenario florecieron en América. Allí esculturas gigantescas de hombres, de demonios y de animales, y relieves del más delicado y preciso corte, están diseminados, en conjunto maravilloso, en un extenso territorio.

"En San Agustín el viajero pronto se familiariza con los mudos huéspedes, y absorto los contempla, tratando de penetrar el misterio del pensamiento con que el escultor los modeló. Muchas veces, ante los que como cariátides fueron centinelas guerreros de alguna sepultura o adoratorio, se cree percibir un hábito de vida que los anima, pero pronto desaparece la ilusión, y el centinela vuelve a su misma impasibilidad.

“¿Qué fuerza interior o externa impulsó a esos hombres a movilizar y a tallar esos monumentos, y cuándo y cómo vivieron ellos? No hay allí habitaciones, y los rústicos albergues que destinaron para los objetos de su culto no son templos que corresponden a su obra escultural.

“Con qué clase de útiles labraron ellos la dura roca volcánica para darle a la representación la forma y los rasgos ideados por el artista? Hasta hoy no hemos hallado sino cincelos de piedra como único instrumento de su labor.

“Numerosos debieron ser los pobladores del territorio agustino; pero no han dejado huellas de habitaciones, de templos, de calles, ni de plazas; tal parecería como si las estatuas hubieran sido allí siempre los únicos moradores. Mas, lo que no hacían para los vivos, lo hicieron para sus muertos, excavando sepulturas, haciendo necrópolis y labrando sarcófagos, de apariencia faraónica, en grandes bloques de roca.

“La selva implacable e invasora cubrió estatuas y relieves y un bosque tupido de cedros gigantescos ocultó la obra de un pueblo, que desapareció misteriosamente, emigrando a otras regiones, o degenerando al más bajo nivel de la cultura humana.

“San Agustín, no es, ni podría serlo, un hecho aislado: es la manifestación de la civilización que en tiempos que precedieron a nuestra Era en miles de años, se extendió a lo largo de los Andes, dejando manifestaciones perdurables en Bolivia, en el Perú y en México. En San Agustín solamente hay representación de mitos y de símbolos; en Tihuanaco, en un período más avanzado, a los mitos se unen grandes construcciones; en México el avance es sorprendente: a mitos y símbolos se unen asombrosas obras de arquitectura y ornamentación, merced a grandes adelantos en la Astronomía y en la representación de las ideas.

“San Agustín parecía ser el primer peldaño sobre el cual se desarrolló una serie de civilizaciones americanas superpuestas, cuyas etapas están reveladas por la cerámica, la arquitectura, la oscultura y la ideografía”.

Y termino, señores, estas palabras de recuerdo y de homenaje al médico ilustre que afrontó terribles epidemias con ánimo sereno; al catedrático sabio y armonioso; al patriota integral que recorrió con encendido amor todo el suelo patrio, para admirar sus bellezas y para buscar remedio a sus endemias; al hombre de estado que sorteó situaciones difíciles y gobernó con justicia; al diplomático que representó dignamente a la república; al geógrafo y al historiador y al naturalista insigne que honró el sillón de esta Academia, invocando su memoria y presentando su admirable vida como un ejemplo a las juventudes de Colombia que él adoctrinó.

He terminado.

ALIMENTACION Y NUTRICION EN COLOMBIA POR EL PROFESOR JORGE BEJARANO. — EDITORIAL DE "CROMOS".  
BOGOTA.—1941.

El ilustre catedrático de higiene de la Facultad de Medicina de Bogotá, Profesor Jorge Bejarano, acaba de dar a la luz pública un libro sobre alimentación y nutrición del pueblo colombiano, que estimamos como un trascendental suceso en el movimiento científico nacional.

“El problema de la alimentación es de capital importancia para todos los pueblos de la tierra, pero más especialmente para el pueblo colombiano.

“Pueblo joven, surgido en un suelo virgen y fecundo, tiene sin embargo, innumerables factores climatéricos y endémicos que depauperizan su raza y contra los cuales sólo una alimentación bien equilibrada será capaz de sacarla triunfante. El pueblo de Colombia tiene qué comer pero no sabe comer”.

Estos postulados de meridiana claridad, deberían ser el evangelio para los conductores de los destinos del pueblo. El problema de la alimentación es sin lugar a disputa, el primero en importancia en nuestra patria.

Estamos convencidos que la mayoría de las grandes endemias que azotan nuestro suelo, como la lepra, el pian, el carate, el coto y las enfermedades capaces de adquirir el carácter de devastadoras y mortíferas epidemias como la Verruga (Bartonellosis) del Guaitara y la Fiebre Petequial de Tobia, tienen como substratum el propio terreno humano preparado por una alimentación mísera y torpemente balanceada.

Enseñar a comer es echar las bases de la más racional profilaxis de nuestras grandes calamidades nacionales.

La obra del Profesor Bejarano, cuyo éxito ha sido tan grande que ya está agotada la edición, debería ser libro de horas de las amas de casa, tratado de consulta de estadistas y conductores y manual de estudiantes que encontrarán ahí un afortunado resumen de los conocimientos actuales y un derrotero para estudios futuros.

LA REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA se siente muy complacida y orgullosa al registrar este nuevo gran servicio que su catedrático de higiene, ciudadano ejemplar, eminente hombre de ciencia y patriota desvelado por el bien público, ha prestado a la república con su libro “Alimentación y nutrición del pueblo colombiano”.